

XV

Maese Andrés

— Deciais, pues, que la nobleza bretona está dispuesta á secundar los esfuerzos de la francesa; ¿y qué quiere ésta?

— Que en el caso de ocurrir la muerte de S. M., se coloque al rey de España en el trono de Francia, como solo y único heredero de Luis XIV.

— Bien, muy bien, dijo la Jonquiere introduciendo sus dedos hasta la primera falange en una caja de tabaco, y tomando un polvo con la mayor satisfacción.

— Pero, repuso el regente, habláis de todas esas cosas como si el rey hubiese muerto; todavía no ha llegado semejante caso.

— El gran delfín, el duque de Borgoña, la duquesa y sus hijos han desaparecido de un modo bien deplorable.

El regente se puso pálido de cólera. Dubois empezó á toser.

— ¿Se cuenta con la muerte del rey? preguntó el duque.

— Generalmente, respondió el caballero.

— Así se explica porqué espera todavía el rey de España ocupar el trono de Francia á pesar de haber renunciado formalmente sus derechos á él. ¿No es esto? Pero entre los gobernantes piensa sin duda encontrar alguna oposición.

El regente pronunció con marcada intención estas últimas palabras.

— Ya se ha previsto ese caso, señor duque, replicó Gastón.

— ¡Ah! exclamó Dubois; ¡ah! ¡se ha previsto ese caso! ¡Muy bien! ¡admirablemente bien! ¡Cuando yo decía á V. E. que nuestros bretones valían un imperio! Continúad, señor de Chanlay, continuad.

Mas no obstante esta amistosa invitación, el joven guardó silencio.

— Y bien, dijo el duque cuya curiosidad se había excitado á pesar suyo, ¿cómo se ha previsto ese caso?

— Este secreto no es mío, monseñor, respondió Gastón.

— Entonces, dijo el duque, ¿no poseo yo la confianza de vuestros jefes?

— Al contrario, solo V. E. la posee.

— Os comprendo, caballero, pero el capitán es de los nuestros, y os respondo de él como de mí mismo.



— Tengo instrucciones para no franquearme más que con V. E.

— Caballero, repuso el duque con altivez, ya os he dicho que yo respondo del capitán.

— Y yo, replicó Gastón inclinándose, he dicho ya á V. E. todo cuanto tenía que decirle.

— Ya lo oís, capitán, dijo el regente; haced el favor de dejarnos solos.

— Al momento, contestó Dubois, pero antes de separarme de V. E., me permitirá decirle dos palabras.

Gastón se retiró á cierta distancia.

— Monseñor, obligadle á que lo diga todo; á que descubra hasta las entrañas de la conjuración; jamás se os habrá presentado una ocasión semejante. ¡Qué tal! ¿qué le parece á vuestra alteza de nuestro bretón? es de gentil presencia.

— Es un joven apreciable, dijo el regente: modales muy nobles, y miradas de firmeza é inteligencia. Es una gran cabeza.

— Tanto mejor para cortársela, murmuró Dubois rascándose la nariz.

— ¿Qué dices, Dubois?

— Nada, monseñor, que soy exactamente de vuestro parecer. Después, volviéndose hacia Gastón, le dijo:

— Señor de Chanlay, hasta luego. Otro se enojaría porque no queréis hablar delante de mí, pero yo no soy orgulloso, y con tal que el negocio salga

como yo deseo, poco me importa lo demás.

Chanlay se inclinó ligeramente.

«Vamos, dijo Dubois al retirarse; parece que no tengo aire muy militar. ¡Diablo de nariz! esta lo echa á perder todo, pero en cambio, la cabeza es buena.

— Caballero, dijo el regente luego que Dubois hubo cerrado la puerta, estamos solos; ya escucho.

— Monseñor, V. E. me confunde.

— Hablad, hablad, añadió el príncipe; y después continuó sonriéndose: no debéis extrañar mi impaciencia.

— No lo extraño, porque indudablemente estará V. E. admirado de no haber recibido de España ciertos pliegos del cardenal Alberoni.

— Es cierto, dijo el regente haciendo un esfuerzo para mentir, pero arrastrado por la situación.

— Voy, pues, á explicar á V. E. este retraso. El mensajero que debía traer los pliegos ha caído enfermo y no ha podido salir de Madrid. Mi amigo el barón de Valef, que casualmente se hallaba en España, se ofreció entonces á traerlos; titubearon algunos días en dárselos, y por último, como todos sabían que era un hombre cuya lealtad había sido ya puesta á prueba en la conspiración de Cellamare, se los confiaron.

— Justamente, repuso el duque; el barón de Valef escapó por milagro de los emisarios de



Dubois. ¿Sabéis, caballero, que se necesita mucho valor para anudar de nuevo una trama tan destruida como lo fué aquella? Yo sé que al ver el regente á madama de Maine y al principe de Cellamare desterrados, á los señores de Richelieu, de Polignac, de Malezieux, la señorita de Lannay y Brigand en la Bastilla, y á ese infeliz de la Grange-Chancel á la isla de Santa Margarita, ha creído que todo estaba concluído.

— Ya ve V. E. que se ha equivocado.

— Pero, ¿vuestros conspiradores de la Bretaña no temen, al sublevarse ahora, que caigan las cabezas de los conspiradores de París?

— Al contrario, esperan salvarles, y de no, tendrán á gloria morir con ellos.

— ¿Cómo salvarles!

— Volvamos á los pliegos; ante todo debo entregarlos á V. E.; aquí están.

— Muy bien.

El regente tomó la carta; pero en el momento de romper el sello, viendo que iba dirigida al Excmo. señor duque de Olivares, la puso sobre la mesa sin abrirla.

— Señor duque, no comprendo... dijo Chanlay.

— Vos, sin duda, sabéis lo que contienen estos pliegos, dijo el regente.

— Tal vez no lo sé todo; pero sí al menos lo que se ha resuelto de común acuerdo.

— Veamos, decid; quiero ver hasta qué punto

estáis iniciado en los secretos del gabinete español.

— Cuando nos hayamos desembarazado del regente, dijo Gastón sin advertir el ligero estremecimiento que al oír estas palabras agitó á su interlocutor, se hará reconocer interinamente en su lugar al duque de Maine, y éste romperá en seguida el tratado de la cuádruple alianza, negociado por ese miserable Dubois.

— ¡Oh! cuánto siento, repuso el regente, que no esté aquí el capitán la Jonquiere. Habría experimentado mucho placer en oiros hablar así. Proseguid, caballero.

— Una escuadra conducirá al pretendiente á las costas de Inglaterra; se encenderá la guerra entre la Holanda por una parte, y la Prusia, la Suecia y la Rusia por otra; el imperio se aprovechará de esta lucha para recobrar á Nápoles y la Sicilia, á cuyos reinos tiene derecho por la casa de Suabia; se dará al hijo segundo del rey de España el gran ducado de Toscana, próximo á quedar sin soberano por la extinción de la línea de los Médicis; la Cerdeña se adjudicará al duque de Saboya; Comacchio al papa; la Francia será el alma de la gran liga del Mediodía contra el Norte, y si S. M. Luis XV llega á morir, Felipe V se coronará por rey de la mitad del mundo.

— Todo eso lo sé, respondió el regente, y también sé que no es más que una segunda edición del plan de Cellamare; sin embargo, en lo que me



habéis dicho hay una frase que no comprendo.

— ¿Cuál, monseñor?

— Esta: cuando nos hayamos desembarazado del regente... ¿cómo os desembarazaréis del regente, caballero?

— El antiguo plan, como V. E. sabe, era apoderarse de él y conducirlo al castillo de Zaragoza ó al alcázar de Toledo.

— Sí, pero este plan se ha frustrado por la vigilancia del duque.

— Es que también era impracticable; mil obstáculos se oponían á que el duque llegase á Toledo ó á Zaragoza; no era posible encontrar un medio de atravesar la Francia con semejante prisionero.

— Difícil era, dijo el duque; jamás he concebido cómo adoptaron tal medio: ahora veo con placer que se ha hecho en el plan una ligera modificación.

— Un prisionero puede sobornar la guardia, fugarse de la prisión, volver á Francia, recobrar el poder y vengarse de sus enemigos. Felipe V y Alberoni nada tendrían que temer; el duque de Olivares estaría en España, y mientras la mitad de los conjurados se escapaban, la otra pagaría por todos.

— Sin embargo...

— Á la vista tenemos el ejemplo de la última conspiración: unos han logrado evadirse, otros,

como V. E. ha dicho muy bien, están todavía en la Bastilla.

— Lo que decis es muy lógico, caballero, contestó el duque.

— Por el contrario, continuó Gastón; deshaciéndose del regente...

— Sí, sí, se evita que vuelva. Bien puede escaparse de la prisión, y evadirse de una fortaleza; pero no podrá salir de la tumba. ¿No es eso lo que queréis decir, caballero?

— Sí, monseñor, respondió Gastón con voz algo conmovida.

— Entonces, ya comprendo el objeto de vuestra misión. Habéis venido á París para deshaceros del regente, ¿no es verdad?

— Justamente.

— ¿Matándole?

— Sí, monseñor.

— ¿Y sois vos, caballero, continuó el regente fijando una mirada escudriñadora en el joven, sois vos el que se ha ofrecido voluntariamente para esta sangrienta misión?

— No, monseñor, jamás hubiera elegido voluntariamente el papel de asesino.

— ¿Mas, entonces, quién os obliga á desempeñarle?

— La fatalidad, señor duque.

— Explicaos, caballero.

— Formábamos una comisión de cinco nobles



asociados á la liga bretona, liga parcial en medio de la gran asociación, y se decidió por unanimidad que se llevasen á debido efecto las resoluciones que adoptase la mayoría.

— Comprendo, dijo el duque; y la mayoría ha resuelto que se asesine al regente.

— Sí, monseñor; cuatro votos opinaron por el asesinato, y uno solo en contra.

— ¿Y quién fué este último? preguntó el príncipe.

— Aunque pierda la confianza de V. E., debo decirle que fui yo.

— Pero, ¿cómo os habéis encargado de ejecutar una cosa que desaprobabais?

— Se habia decidido que la suerte designaría al que hubiese de dar el golpe.

— Y la suerte...

— Me tocó á mí, monseñor.

— ¿Y cómo no habéis rehusado esa misión?

— El escrutinio era secreto, y nadie sabía mi voto; me hubieran tenido por un cobarde.

— ¿Y habéis venido á París?...

— Con el objeto de cumplir la misión que se me ha confiado.

— ¡Contando conmigo!

— Como un enemigo del regente para ayudarme á llevar á cabo una empresa que no sólo interesa muchísimo á España, sino que salva á nuestros amigos de la Bastilla.

— ¿Creéis que corren tanto peligro?

— La muerte gira en derredor de sus cabezas; el regente tiene pruebas, y ha dicho, hablándose de Richelieu, que aunque tuviese cuatro cabezas podía legalmente hacérselas cortar.

— Eso lo ha dicho en un momento de cólera.

— ¡Cómo, señor! ¡V. E. defiende al duque! ¡cuando un hombre se sacrifica por la salvación, no sólo de sus cómplices, sino de dos reinos, V. E. vacila en aceptar su sacrificio!

— Si la empresa tuviese mal éxito...

— Todas las cosas tienen su lado bueno y su lado malo. Cuando uno no tiene la dicha de salvar al país, le queda al menos la gloria de ser mártir de su causa.

— Pero considerad que facilitándoos los medios de llegar hasta el regente, me hago cómplice vuestro.

— ¿Y eso os asusta, monseñor?

— Sin duda, porque si os prenden...

— ¿Qué?...

— Pueden á fuerza de tormentos haceros confesar los nombres de los... »

Gastón interrumpió al regente con un ademán y una sonrisa de superior desprecio.

— V. E. es extranjero, le dijo; por lo tanto, no puede saber de lo que es capaz un noble francés; por eso perdono á V. E. la injuria.

— Entonces, ¿se puede contar con vos?



— Pontcalec, de Couëdic, Talhouët y Montlouis dudaron de mí un momento, y después me presentaron sus excusas.

— Muy bien, caballero, repuso el regente, os prometo que meditaré acerca de lo que me habéis dicho. Sin embargo, en vuestro lugar...

— En mi lugar...

— Renunciaria á esa empresa.

— Hubiera deseado no haber entrado en ella; pero una vez empeñada mi palabra, es de todo punto indispensable el cumplirla, y no puedo volverme atrás.

— ¿Aun cuando yo me negase á secundaros?

— La comisión bretona ha previsto ese caso, respondió Gastón.

— ¿Y ha decidido?...

— Que se lleve á cabo lo resuelto.

— Así, pues, vuestra resolución...

— Es irrevocable, monseñor.

— Os he hecho presente lo que debía, repuso el regente; mas puesto que lo queréis absolutamente, proseguí en vuestra empresa.

— Señor, dijo Gastón, parece que V. E. desea retirarse.

— ¿Tenéis alguna otra cosa que decirme?

— Hoy no; pero mañana, ó pasado...

— Avisándome por conducto del capitán, nos veremos cuando queráis.

— Monseñor, replicó Gastón con un acento de

firmeza que cuadraba muy bien á su acititud noble y digna, hablemos con franqueza; no es mi gusto tener por intermediario al capitán la Jonquiere. Vos y yo, por mucho que nos separen la categoría y el mérito, somos iguales al menos ante el patíbulo que nos amenaza, y aun la ventaja en ese punto es mia, porque es evidente que corro más peligro que vos. Ahora bien: sois, monseñor, un conspirador como yo, con la única diferencia de que, como jefe, tenéis el derecho de ver caer mi cabeza antes que la vuestra. Séame, pues, permitido tratar de igual á igual con vos, y veros cuando tenga necesidad de ello.

El regente reflexionó un instante.

— Está bien, dijo; ya supondréis que ésta no es mi casa; en la mía recibo á pocas personas desde que la guerra se ha hecho inminente: mi posición en Francia es precaria y delicada: Cellamare está preso en Blois; yo no soy más que una especie de cónsul, bueno solamente para proteger los intereses de los Españoles, y para servir de rehenes. Tengo, pues, que usar de muchas precauciones.

El regente hacía grandes esfuerzos para mentir, y trataba de concluir pronto cada una de sus frases.

— Podéis escribir al correo con el sobre á maese Andrés, diciéndome en la carta la hora que queréis hablarme, y nos veremos aquí.



— ¡ Al correo ! repuso Gastón.

— Si ; no es más que un retraso de tres horas. Todas las mañanas un confidente mio estará en el correo esperando carta vuestra, y cuando la haya, tres horas después estaré aquí.

— Monseñor halla eso muy fácil, dijo sonriéndose Gastón ; pero ignoro dónde estoy, qué calle es esta y el número de la casa, á causa de haber venido de noche. ¿ Cómo queréis que acierte á volver ? Soy de opinión que puede hacerse otra cosa. Vos me habéis pedido algunas horas para reflexionar ; tomaos de tiempo hasta mañana, y á las once podéis enviarme á buscar. Lo primero que debemos procurar es convenirnos en el plan para no comprometer su éxito, como los conspiradores vulgares y de callejuelas á quienes dispersa un coche que pasa ó cuyo entusiasmo se apaga como la lluvia.

— Perfectamente pensado, dijo el regente ; mañana, pues, caballero Chanlay, mañana á las once estaré aquí : irán á buscaros á vuestra casa, y nos comunicaremos mutuamente nuestros secretos.

— Dignese V. E. recibir la expresión de mi respeto, dijo Gastón haciendo una profunda reverencia.

— Dios os guarde, caballero, contestó el regente, devolviéndole su saludo.

Gastón halló en la antecámara al guía mismo que le había introducido ; solamente observó que atra-

vesaron un jardín que no había visto al entrar y que salían por distinta puerta. En ésta esperaba también el mismo carruaje ; subió á él, y apenas se hubo sentado, el coche se dirigió con rapidez á la calle de Bourdonnais.